

Sufra dentro de sí la horrible angustia,  
 Serena ostentan la tranquila frente,  
 Mientras el corazón callado llora.  
 Pero el deber primero de la patria  
 Es luchar ó morir, ó la victoria  
 Conseguir sobre el pérfido enemigo;  
 Lo demás nada importa: que sucumba  
 Un pueblo entero si la gloria ciñe  
 De una nación la causa sacrosanta.

Catorce auroras de este mes de Apolo  
 Han lucido en el límpido horizonte  
 De la ciudad heroica, y sus fulgores  
 Han venido á alumbrar sangre y matanza.  
 Catorce auroras su esplendor divino  
 Han apagado entre la densa niebla  
 Que los cañones forman tremebundos  
 Al lanzar sus terribles proyectiles.

Sombría y nebulosa aparecía  
 La última aurora, y el estruendo horrible  
 De cien bocas metálicas de fuego  
 Apenas el albor de la mañana  
 Despertó á la ciudad, que no dormía,  
 Pero que fatigada reclinaba  
 Su sien entre el insomnio y la vigilia,  
 Sobre de sus murallas derruídas,  
 Envuelto en nieblas el pendón tremola  
 En Teotimehuacán, donde Patoni  
 Alienta con valor á sus guerreros.  
 Los hijos de Querétaro y Durango  
 Y del Norte también los legionarios,  
 Y de Puebla y Oaxaca y de Guerrero,  
 Y tantos, tantos, mexicanos todos,

Allí otra vez ciñeron los laureles  
 Con que su frente adorna la victoria.

Apenas el crepúsculo sombrío  
 De la húmeda mañana allá en Oriente  
 Asoma como tímido, en el aire,  
 Estallan por el Sur terribles bombas  
 Y silban por doquier los fieros rifles.

Más de cinco horas de combate pasan,  
 Y de Teotimehuacán en las llanuras  
 Corre la sangre, los valientes hijos  
 De México, con grande bizarría,  
 Como siempre, conquistan gloria inmensa.  
 Y como siempre allí rasgos heroicos  
 Prodigan por doquiera los soldados,  
 Ejemplo dando al vencedor del mundo,  
 De heroísmo sublime y valentía.  
 La mañana transcurre en el combate,  
 Y ya llegaba hasta el zenit del cielo  
 El refulgente sol, y todavía  
 El humo obscurecía el horizonte.  
 Entretanto, columnas con columnas  
 Chocan, y en las llanuras se dilatan  
 Como sierpes inmensas que se agitan;  
 Se contraen, se dilatan y se buscan,  
 Y se enlazan y luego se separan.

Terrible fué el combate; los valientes  
 A cada paso rasgos de heroísmo  
 Al mundo le presentan, que se asombra  
 Porque el valor protege al mexicano.  
 Y en medio de la hambre y de la angustia,  
 Siempre grande, impertérrito levanta  
 Su erguida frente que al francés espanta.

Pasó el día terrible en el combate,  
Y el valiente francés cien y cien veces  
Ha huído cobarde, perseguido  
Por el hijo de México, que lleno  
De la fe de su gloria, pasó el foso,  
La muralla y la rambla, y transponiendo  
La llanura, hasta el pie de sus cañones  
Fué á provocarle á la sangrienta lucha.

Verdes y esplendorosas las llanuras  
Antes de la batalla, parecían  
Golfos de mar al reflejar la lumbre  
Del sol ardiente del ardiente Mayo;  
Pero después contéplase siniestro  
Aquel campo sembrado de cadáveres.....!

Un fúebre panteón se asemejaba  
La antes verde y espléndida llanura  
Que en sangre tinta por doquier humea.....!  
Así se pasa el día en la refriega,  
En tanto el generoso mexicano  
Cumple sus compromisos canjeando  
Del galo los altivos prisioneros  
Que el mexicano tiene en sus reales.  
Y aunque entretanto suspender debiera  
El pérfido invasor sus proyectiles,  
El bárbaro francés no cesa una hora  
De arrojar sus granadas y sus bombas.

Llega la noche, y en pavor cubierta,  
Apenas á la luz de las estrellas,  
Se recogen heridos y cadáveres  
Que de ambos contendientes las llanuras  
Doquier tienen sembrados, sin que el galo  
Cuide de levantarlos indolente.

La noche toda en vigilancia pasan  
Los soldados y jefes discurriendo,  
Porque se anuncia que al brillar el día  
Las huestes invasoras un empuje  
Soberbio emprenderán sobre la plaza.

Doquier, entre las sombras de la noche,  
Se miran discurrir ancianos débiles  
Que buscan alimento, niños tiernos  
Que dan al viento lúgubres gemidos  
Y lívidas mujeres macilentas  
Que ni temen el fuego ni se arredran  
Al oír el fragor de la metralla;  
Porque el hambre terrible les acosa,  
Y pan, tan sólo pan para sus hijos  
Al derramar sus lágrimas demandan!

Todas buscan al jefe; el llanto amargo  
Se mezcla de las madres, con los gritos  
Del hijo hambriento que el dolor exhala.  
Y al eco de la bala matadora,  
Su grito aterrador sólo responde.

En tanto aquí y allí cruzar se miran  
Las valientes reservas y los ecos  
Se escuchan del soldado que á su boca  
Ni un pedazo de pan llevar podía.  
Y sin embargo, vivas entusiastas  
Lanza lleno de gloria, confundiendo  
Los gritos doloridos de la angustia,  
Con el eco de cánticos marciales.

En el palacio rápidos se agitan  
Todos, y el General en cuya alma

El dolor de las víctimas inermes  
 Penetra, se conmueve y aun enjuga  
 Al descuido en sus ojos una lágrima,  
 Aparece sereno, incontrastable,  
 Y oro reparte á la doliente plebe.

Va avanzando la noche obscurecida;  
 Sólo de tiempo en tiempo, en las alturas,  
 Cruzan esos cometas de colores  
 Que se arrojan al aire y que á los jefes  
 Les anuncian la firme vigilancia.  
 Se ven, entre las sombras misteriosas,  
 Describiendo en sus curvas ondulantes  
 Sierpes de fuego que el espacio alumbran.  
 En las soberbias torres, como antorchas  
 Funerales, se miran las fogatas  
 Que avisan á los fuertes defensores  
 Que fuera se hallan de la plaza, y lejos,  
 Que aun hay en Zaragoza amurallada  
 Aliento y vida, y esperanza y brío.

La noche se adelanta transcurriendo  
 Con rapidez para el lejano ocaso,  
 Mientras que allá en el hospital se miran  
 En todas partes moribundos francos,  
 Que al déspota de Francia maldiciendo  
 Amenazan, fiados en que vela  
 El Dios de la justicia, con que un día  
 Le hará rodar de su nefando trono;  
 Y pagará la sangre que se vierte  
 Sólo por su ambición y su perfidia,  
 Acaso con su sangre, para ejemplo  
 De los tiranos déspotas del mundo.

Elena, Elodia, Orestes y Lucila  
 Y la madre de Arnaldo, y la apacible  
 Amira, y todos con cariño amante  
 Auxilio dan á todos los heridos,  
 Ya sean de los héroes mexicanos,  
 Ya sean de los pérfidos franceses.

La brisa matutina comenzaba  
 Ya á sentirse cruzar por todas partes,  
 Y allá en los campamentos extranjeros  
 A extinguirse empezaban las fogatas;  
 Mas se perciben ya los movimientos  
 Del enemigo, al Sur, y por Oriente;  
 Cruzan trenes, corceles y caballos  
 En todas direcciones, entretanto  
 El crepúsculo opaco comenzaba  
 A descubrir lejano el horizonte  
 Por las montañas del Oriente altivas,  
 Cuando cual de un volcán el estallido  
 Retumba por el Sur; y se repite  
 El eco en las colinas inmediatas,  
 Hasta que van perdiéndose sus ecos  
 Al rimbombar en los lejanos montes.  
 De Teotimehuacán las fortalezas  
 Entre el humo se pierden de la pólvora:  
 Es un terrible cráter..... se confunden  
 Las nubes del incendio con la bruma  
 Que cubre por doquier el horizonte.

Cuarenta bocas de rayado bronce  
 Lanzan al fuerte sus terribles balas,  
 Mientras calladas, por camino oculto,  
 Avanzan las columnas enemigas  
 Como langostas que á la mies se agolpan.....

Una, dos y tres veces el empuje  
Rechazan nuestras huestes valerosas,  
Y una y dos y tres veces los franceses  
Huyen despavoridos y espantados.

En medio de la espléndida llanura  
Que hermosa se dilata desde lejos,  
Se miran las falanges erizadas  
De bayonetas, á los tibios rayos  
Del sol que apenas á levantarse empieza,  
Y como haces de trigo, que al impulso  
Del fuerte viento que en veloces ráfagas  
Las mece, así se inclinan reflejando  
Su brillador acero. Como víboras  
Colosales ondulan al tenderse  
En batalla en los llanos extendidos.  
Silba la bala y la granada, y deja  
Como surco una brecha prolongada,  
En esas masas que avanzando vienen.

Sus espantosas bombas formidables  
Derrumban las murallas, abren brechas;  
Pero serenos, impasibles, presto  
Los mexicanos cubren con sus cuerpos  
Las brechas espantosas, y allí esperan  
El asalto terrible. Mas no valen  
Para alcanzar un triunfo, las potentes  
Bombas del invasor enfurecido.

Súbito aquellas masas erizadas  
De acero, cambian, y ondulando vuelven  
Sus movimientos al Oriente, en tanto  
Destacan otras fuerzas al Poniente  
Del fuerte, y por el centro y en contorno

De la ciudad conmueven los campos.  
Pero listos doquier los defensores  
Aquí y allí veloces se presentan.

Las reservas acuden presurosas,  
Y al eco de Negrete, entre los vivos  
A la patria, entusiastas se dirigen  
En todas direcciones. Los tostados  
Hijos del Sur, los fuertes legionarios  
Del Norte, de Oaxaca los guerreros,  
De Puebla los valientes, los intrépidos  
Hijos de Zacatecas, los serenos  
Soldados de Toluca, los fogosos  
Indios de nuestras sierras escarpadas,  
De Jalisco los libres, de Tabasco,  
Y Chiapas, y Querétaro y Morelia,  
Y todos los aztecas toman parte  
En la sangrienta lid. De Guadalupe  
Hiriendo el aire la potente bala  
Silbando cruza, y en las filas galas,  
Deja un rastro de muerte. Los redientes  
De Zaragoza lanzan sus granadas,  
Del Carmen los redientes hacen fuego,  
Y en tanto, el fuego rápido se nutre  
Por Oriente, por Sur, por Occidente.....

Por el Norte también la atención llaman  
Los campamentos enemigos. Sigue  
La mañana avanzando, y sigue el fuego  
Derramando la muerte y el espanto;  
Quieren los enemigos arrojar  
Sobre de las murallas derruidas,  
Pero es ya tarde, fuera de los muros  
Salieron las columnas mexicanas.

Aquí cortan un flanco, allá de frente  
 Persiguen al francés que huye violento,  
 Y siguen palmo á palmo, y hasta el foso  
 Del campamento galo nuestras huestes  
 Llegan en la feroz carnicería.

Cien y cien adalides en la grama  
 Del campo vierten su valiente sangre,  
 Aquí está un jefe que respira y clama  
 Victoria por la patria, y luego muere.  
 Allí un soldado sobre el verde césped  
 Tendido, derramando ya su sangre,  
 Aun no deja el fusil, y con esfuerzos  
 Inauditos y heroicos, aun combate  
 Más de seis horas, sin ceder, en tanto  
 Que ya cansado, al exhalar la vida,  
 "¡Gloria á México—dice—independiente!"

Así mil rasgos de valor sublime  
 Se suceden doquiera, y se repiten  
 Hasta que al ver huir despavoridos  
 A los guerreros de la grande Francia,  
 Vuelven al mexicano campamento  
 Las huestes de la heroica Zaragoza,  
 Levantando en su paso á los heridos  
 De las dos fuerzas contendientes. Luego  
 Se reponen los fuertes destruídos.

Calma un poco la lucha, mas al punto  
 Que llegan á su campo los franceses,  
 Despechados de ver tanta osadía  
 En el valiente mexicano, empiezan  
 Otra vez á arrojar sus fuertes bombas.

*Sigue la ilustración humanitaria*  
 De muertes y de incendios y matanzas;  
 En tanto en la ciudad, á los heridos  
 Del bárbaro francés, se le prodigan  
 Los socorros de amor y de cariño  
 De la sublime caridad cristiana;  
 En tanto á los cadáveres franceses  
 Sepultura se da, y al prisionero  
 Con fraternal cariño se le trata!

Medio día de lucha poderosa  
 Se pasó, y aun no cesan de continuo,  
 Pero con lentitud, los invasores  
 De hostigar á la plaza. El humo denso  
 Aun cubre los palacios y las torres  
 Y como una muralla se destiende  
 En torno á la ciudad. El sol brillante  
 Desde el zenit del cielo, aun no podía  
 Penetrar libremente entre las nieblas  
 Que el humo le formó de la batalla.  
 Pero gloriosa la ciudad, en medio  
 De las calamidades de la guerra,  
 Aun resiste y no cede un solo instante.

Mientras la tarde avanza lentamente,  
 Por el Oriente y por el Norte vense  
 Los cirrus de los cielos en montones  
 Densos, que se dilatan y se agrupan  
 Anunciar tempestad, y poco á poco  
 La claridad del sol se va opacando.  
 La niebla de la pólvora se tiende  
 Y se enrarece y luego se disipa,  
 En tanto que las nubes sustituyen  
 Al sol el velo que su faz cubría.

Mientras, el incansable movimiento  
 De la ciudad aumenta, por doquiera  
 El zapador levanta nuevos fuertes;  
 Los niños, las mujeres, los ancianos  
 A quienes la miseria debilita,  
 Se esfuerzan aún por auxiliar, se afanan  
 Y acuden por doquier; aquí se elevan  
 Con gaviones potentes fortalezas;  
 Allí se abre otro foso, acá se mina,  
 Allá un nuevo reducto se levanta.....  
 El médico doquier cura al enfermo;  
 El verdadero sacerdote auxilia  
 Caritativo al héroe moribundo,  
 Y de Puebla las vírgenes humildes  
 Se afanan por servir á los heridos,  
 Sobresaliendo en todos los trabajos  
 Lucila, Amira, Elena, Elodia, Orestes  
 Y la madre de Arnoldo y de Reinaldo.

Ortega, que las líneas recorría  
 Después de la batalla, prodigando  
 En todas partes cariñoso afecto  
 Y animando al soldado, repartía  
 A las familias por doquier socorro.  
 Al palacio se vuelve condolido;  
 Pero de gloria al recordar los hechos  
 De sublime valor que ha contemplado,  
 Va á disponer, con previsor consejo,  
 Lo que fuese oportuno á la defensa.

Entretanto retumba en las alturas  
 El eléctrico trueno, los relámpagos  
 Se cruzan, se repiten, y los truenos  
 Unos á otros veloces se suceden:  
 Y amenazando hacer temblar la tierra.

Se ven los movimientos enemigos  
 Activarse, entretanto se desgajan  
 Las cenicientas nubes. A torrentes  
 Desciende por doquier la fuerte lluvia,  
 Y en un instante el bullicioso ruido  
 Del campamento cesa, en el silencio  
 Se envuelve la ciudad, y el campo todo  
 Parece que en la nada se sumerge.  
 Truena la tempestad, el eco sólo  
 Se prolonga en el llano, en la colina,  
 Y luego se percibe allá en los montes  
 El eco aterrador del rayo ardiente.

Más de tres horas la ciudad se pierde  
 En medio de la lluvia cristalina,  
 Y en esas horas de silencio triste,  
 En que cada mortal dentro del alma  
 Siente pasar variados pensamientos,  
 Al ver á la ciudad que silenciosa  
 En la quietud parece que se duerme,  
 Cuando en redor la muerte se pasea,  
 En su carro triunfal, como trofeos  
 Llevando el exterminio y la matanza.  
 Y en tanto que camina silenciosa  
 La noche para el pueblo, que pacífico  
 Busca un momento de solaz siquiera,

El general en jefe ordena, manda,  
 Que todo á la defensa se prepare.  
 Y en todas partes á luchar se aprestan;  
 Filopatro y Dalmiro al punto acuden  
 De Teotimehuacán á las trincheras,  
 A cumplir como leales su consigna,  
 Mientras van transcurriendo misteriosas  
 Las horas lentas de la triste noche.